

Entrevista al Dr. José Luis Moctezuma Zamarrón

Crystal Andrea Meza Jiménez
Alejandro Isaac Delgado Reza
Sergio Ricardo Moreno Soberanes

El Dr. José Luis Moctezuma Zamarrón posee una trayectoria de más de 40 años trabajando con los grupos originarios del norte de México. Es egresado de la Escuela Nacional de Antropología e Historia y cursó el doctorado en la Universidad de Arizona; ha trabajado como investigador en el Centro INAH-Sonora y fue director de la ENAH-Chihuahua (hoy EAHNM); se ha desempeñado como docente, ha impartido innumerables talleres y cuenta con un amplio repertorio de publicaciones.

SRMS: Buenos días. Les presento al Dr. José Luis Moctezuma Zamarrón, quien tiene una muy larga trayectoria trabajando con los grupos y las lenguas del norte de México; es todo un referente de la antropología lingüística en el país y en particular de esta región. La primera pregunta que queremos hacerle es ¿por qué le dicen el Vaquero?

JLMZ: Vaquero surge porque desde muy chico me gustó vestir de vaquero; mi mamá era de Monterrey; aunque ninguno de mis primos se viste de vaquero, me interesó el norte de México inclusive antes de empezar a trabajar. Yo soy oriundo de la Ciudad de México, pero esta cuestión de vestir así viene desde muy joven, antes de entrar a la ENAH, donde estudié la carrera en Lingüística.

Nos fuimos al campo una vez con Leopoldo Valiñas –posiblemente ustedes saben de él, acaba de fallecer en enero–; él y yo éramos muy amigos. Entonces cuando salíamos yo andaba vestido de vaquero, pero con sombrero –porque cuando salía de la Ciudad de México me ponía el sombrero–, me puse el sombrero con un paliacate al cuello y Polo me empezó a decir “Vaquero”, y nos gritábamos “¿qué pasó, Vaquero?” cada que nos veíamos y así se fue quedando en la Escuela de Antropología.

En 1983 viajamos juntos a dar una clase de Fonología y otra de Gramática en la Universidad de Sonora. Entonces también llegó diciéndome Vaquero y los de la Universidad de Sonora me conocieron con ese apodo y de ahí pa’l real todo era “Vaquero, Vaquero”. Me conocen en Chihuahua de la misma forma, fui director de lo que era la ENAH-Chihuahua de 2005 a 2006 y como director yo iba de sombrero, di clase e iba a eventos como funcionario, y si no eran de etiqueta, siempre llevaba el sombrero y fue así como me reconocen. En Arizona también me conocen como Vaquero; cuando hice mi examen de doctorado le pedí permiso a mi asesora Jane Hill para a ver si podía usar mi sombrero y me dijo que claro que sí, que yo era el Vaquero y me presenté a mi examen vestido de esa

forma. Hay gente que no me conoce por mi nombre, han oído siempre “el Vaquero” y hay gente que cree que mi apellido es ese, como el apellido que existe en España –en México no lo he oído, pero en España sí–; entonces hay gente que de repente me dice “bueno, su apellido es Vaquero”. No, mi apellido es Moctezuma Zamarrón, pero soy más conocido como el Vaquero. Fue así como surgió ese apodo.

Aquí va una anécdota. Hicimos un trabajo con Dora Pellicer para ver cómo la gente se refería a otra en la ENAH, por ahí del 84, y resulta que solamente el Cocorí –diferente al término Cócorit del yaqui de Sonora– y yo éramos conocidos como Vaquero y como Cocorí por toda la gente de la Escuela de Antropología. Entonces ese es el origen y cómo ha trascendido el apodo del Vaquero, como me conoce muchísima gente; inclusive alguna gente piensa “bueno, hay que tenerle respeto” y me dicen “Doctor Vaquero”.

AIDR: Antes de que lo nombraran Vaquero ¿cómo fueron sus inicios en la lingüística?

JLMZ: Bien, yo inicié en la lingüística por azares del destino, e igual por azares del destino estudié antropología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia en 1973. Antes mi idea era estudiar fisicomatemático, una cosa que ahora está en boga que se llamaba “Ingeniería en comunicación electrónica” en el IPN; pero eso no se me da para nada. Entonces entré, estuve 1 año ahí, me corrieron por burro, y para 1983 me consigue un trabajo mi mamá en una librería. En esa librería me mandaron a vender libros a la Escuela Nacional de Antropología e Historia –que en ese tiempo se encontraba en el Museo de Antropología– y es como me empieza a interesar la antropología en general. En ese momento no había etnología, se dedicaba nada más a grupos indígenas, lo que había era antropología social, muy cargada en cuestiones del marxismo, no porque sea anti-marxista en absoluto, pero yo lo que quería hacer era etnología, o sea, una cosa muy cultural y paradójicamente me he movido hacia muchos campos que he trabajado en antropología social, pero en ese trayecto entré a la ENAH en 1977.

Eran tres primeros semestres generales y durante esos tres semestres casi completos dije “esto lleva antropología social”, pero al final de ese tercer semestre nos dieron las introductorias a antropología física, arqueología, antropología social y lingüística, y cuando nos dieron la materia de lingüística me gustó mucho, sobre todo por la cuestión de la sociolingüística. Entonces, decidí ya no entrar a Antropología Social, sino a Lingüística, lo que fue magnífico porque se me abrió un cam-

po enorme. Empecé a estudiar las primeras materias que fueron fonología. Fuimos con Susana Cuevas a Guerrero, después con Polo Valiñas y Héctor Muñoz fuimos otra vez al mismo lugar en el mismo año con el curso de Sociolingüística, pero en mi cerebro se manejaba algo de cuestiones de estructura y entonces fui el único de mi generación que hizo fonología. De hecho, en un inicio me dediqué a la fonología, los demás odiaban la lingüística, les costaba a varios hacer trabajo de campo, pero para mí es muy fácil y tengo habilidad para meterme a las comunidades.

Comencé como fonólogo y en el séptimo semestre que iba a terminar la carrera, por azares del destino, surgió qué es lo que iba a trabajar. En ese momento me ofrecieron trabajo como interino en la Dirección de Lingüística del Instituto Nacional de Antropología e Historia y acepté. Me permitieron –además de hacer mi trabajo que era en la biblioteca– hacer mi tesis, que fui a hacer trabajo de fonología con los kikapú en Coahuila. También hice cuestiones de etnografía –se sabía muy poco de los kikapú y se sabe muy poco de ellos aquí en México, tampoco en Estados Unidos han sido tan estudiados–. Entonces, eso me permitió que me invitaran a dar clases de fonología en la Escuela de Antropología en 1980 y a regañadientes acepté; yo quería ser investigador –como alumno había sido muy pobre mi participación cuando daba un tema en alguna materia, pues no me interesaba mucho– pero, al final me tocó dar clases y me gustó.

Entonces desde hace más de 40 años doy clases, empecé con fonología y ya fui cambiando; de hecho, gané la plaza en 1983 en la Escuela Nacional de Antropología e Historia en el Departamento de Lingüística en ese momento, en la materia de fonología precisamente. Así fue como llegué hasta Sonora a dar clase de Fonología y fui cambiando a Dialectología, a Sociolingüística y terminé siendo especialista en Antropología Lingüística.

CAMJ: Y dentro de esto ¿qué es lo que lo motivó a estudiar lingüística? o ¿qué fue lo que lo llamó de la sociolingüística que se decidió por esa rama?

JLMZ: Precisamente la relación –ahora ya muy claramente definida por mí– entre lengua, cultura y sociedad. Veía cómo, e inclusive pensando en el trabajo etnográfico, era importantísima la lengua. Entonces la relación entre lengua, cultura y sociedad es fundamental para entender los fenómenos culturales que se dan entre los grupos étnicos y los fenómenos sociales, y es así como digo: “bueno, primero me intereso por esa relación entre la antropología y la lingüística”. Si bien empecé como fonólogo, en mi tesis misma hice un capítulo de etnografía sin que me dijeran nada; ahí en la ENAH no había eso de que uno tenía que poner un contexto, las tesis eran así directas a la lingüística, pero me interesaba tanto la parte cultural y social que desde el principio lo hice. Nada tenía que ver ese primer capítulo con la fonología, pero de alguna manera existía este gusanito de la antropología. De hecho, ese mismo semestre que yo empecé lingüística, se abrió etnología, tal vez

si lo hubiera sabido no sería lingüista, no estaríamos ahorita platicando, por fortuna la lingüística me llamó la atención.

Después me hice etnógrafo por convicción, por el trabajo de campo que he realizado, y eso me ha permitido una visión muchísimo más amplia que la que tienen los lingüistas y los antropólogos. Me queda muy claro que hago lingüística, etnografía y antropología lingüística, que es donde realmente confluyen directamente lo social, lo cultural y lo lingüístico. Por eso es por lo que a mí me llamó la atención, pero esta idea que traía yo de la ingeniería, de la física, de las matemáticas, me ayudó mucho para la cuestión fonológica, que bueno, ya hago muy poca fonología, pero de repente regresé y hago un trabajo sobre fonología.

A partir de hacer mi maestría y doctorado en la Universidad de Arizona en Antropología Lingüística, lo que hago es antropología lingüística –aunque últimamente regresé a la sociolingüística, sobre todo en el tema de la política del lenguaje en México–. Ahorita estoy muy muy metido en cuestiones de política del lenguaje en México, pues la problemática que he tenido en el proceso de formación es hacer mucho campo en muchas comunidades. Es claro que es ahí el ámbito donde más he trabajado, pero esta visión que me ha dado haber llevado alumnos al campo, haber ido yo al principio como alumno al campo y hacer mi trabajo con los kikapú en Coahuila –también con los tepehuanos del sur–, haber hecho la licenciatura con los kikapú, me fui a hacer también fonología, ir a hacer una maestría en lingüística en la ENAH –estuve a punto de concluirla–, hice investigación de fonología con los tepehuanos del sur y cuestiones etnográficas cosas etnográficas, y terminé trabajando con yaquis y mayos a partir de 1986. Entonces ya en ese tiempo para dialectología empecé a trabajar con la sociolingüística, viendo cómo, sobre todo la lengua mayo, estaba en proceso acelerado de pérdida de la lengua y cuando me fui a Arizona, con una visión sociolingüística, me di cuenta de que realmente lo que terminé haciendo fue antropología lingüística.

Para mí hay una clara diferencia entre lingüística antropológica y antropología lingüística; son dos disciplinas que más o menos se manejan como sinónimo, pero que son realmente disciplinas distintas: por un lado, la lingüística antropológica con una larga tradición en México; y por otro lado, la antropología lingüística, que apenas tiene la base con algunos investigadores que hemos trabajado en esa disciplina en el país.

SRMS: Es muy interesante esto que plantea y una de las preguntas que queremos hacerle es ¿cuáles son las diferencias y semejanzas entre lingüística antropológica y la antropología lingüística?

JLMZ: La antropología lingüística surge de la lingüística antropológica. La lingüística antropológica se ve como un amplio espectro con orígenes en la Escuela de Antropología en México, que fue la primera escuela donde se dio lingüística y que durante muchos años fue la única escuela con lingüística. Después se abrieron la Universidad Veracruzana, la Universi-

dad Autónoma de Yucatán, y ahorita ya hay decenas de escuelas que tienen la carrera de lingüística.

En ese tiempo, en los años 70, se hablaba de la lingüística antropológica por el simple hecho de trabajar con un grupo indígena o de hacer lingüística. Yo me reconocía como lingüista antropólogo simplemente por trabajar en una comunidad. Hacíamos mucho campo en ese tiempo para hacer investigación de la estructura de la lengua, después esto fue derivando al hecho de señalar la lingüística antropológica como etnosemántica, que terminó llamándose etnociencia, una de las áreas de la lingüística antropológica más reconocida en México; lo increíble es que nadie se llama etnolingüista en México, se llaman lingüistas antropólogos.

La primera carrera que se manejó como Lingüística Antropológica fue aquí en Chihuahua. Lo que yo planteaba en su tiempo –porque fui quien planteó abrir esta carrera dado que era el director– fue que tuviera una visión de lengua, cultura y sociedad. Eso terminó siendo lingüística antropológica, que tiene que ver con la relación entre lengua y cultura; aunque vemos el caso de Nubia Betancourt que hizo sociolingüística porque está cobijado dentro de esta visión de lengua, cultura y sociedad, no lengua y cultura por un lado ni la lengua y sociedad por el otro; sino esta cuestión más global que ha sido manejado con métodos distintos en cuanto se ha llamado etnolingüística y lo que se ha llamado sociolingüística. Entonces esto es como se ha considerado a la lingüística antropológica.

La antropología lingüística surge como un método nuevo de análisis que implica construir un modelo teórico específico, mientras que los modelos de la lingüística antropológica desde la etnociencia, o los modelos de la sociolingüística, están claramente determinados. Si se quiere hacer un trabajo sobre etnociencia, hay un método claramente definido de Berlin y Key, y otros autores; o si se hace de sociolingüística, hay métodos como el de la Labov, el de Hymes, u otros muchos autores de México; la corriente de conflicto lingüístico que se hizo en el Valle del Mezquital, otro en Oaxaca. Mientras que la antropología lingüística plantea el regreso al trabajo etnográfico, el regreso a ver el fenómeno de una cuestión meramente etnográfica y con eso crear un modelo teórico que permita dar cuenta del fenómeno mucho más amplio que el que se maneja dentro de la sociolingüística o de la antropología lingüística. En mi caso, cuando trabajé mi tesis de doctorado pasé del cuestionario para ver qué sucede con la lengua –si se está perdiendo en este contexto–, lo que fui a hacer fue etnografía. Entonces ya no fui solo con un cuestionario, sino a hacer observación participante y crear un modelo complejo para tener información del fenómeno complejo.

Digamos que debe haber un proceso de construcción para llegar a la antropología lingüística, que implica pasar de un conocimiento lingüístico y antropológico para dar el salto a la antropología lingüística. Obviamente se puede hacer antropología lingüística desde la licenciatura, pero aquí lo que se requiere es hacer lingüística antropológica. Una de las

premisas de la antropología lingüística es que hay que ser un buen lingüista para ser un buen antropólogo lingüista, y no decir “a mí ya no me interesa la lingüística, sino me interesa la antropología lingüística”, en ese sentido de solamente ver en este nivel mucho más complejo la cuestión de la lengua, cultura y sociedad. Yo entré en conflicto cuando llegué a México, fui uno de los primeros antropólogos lingüistas que llegó al país con esta corriente que se da en la Universidad de Arizona –en otras universidades también–, donde Jane Hill era de las líderes junto con Susan Philips y que entonces ellas estaban promoviendo este modelo que utilicé para ver el problema del desplazamiento lingüístico, ya no con una visión sociolingüística, sino una visión global.

Después, me metí en un proyecto del INAH y a partir de la etnografía pura y de la antropología lingüística detecté que había diferentes universos en las culturas yaqui y mayo e hice un artículo donde planteo el resumen de lo que será un libro que publicaré más adelante, de una visión sobre yaquis y mayos de diferentes universos. Para llegar a eso tuve que hacer mucho trabajo antropológico y lingüístico, que después de todo el trabajo pudiera fusionar todo ello y decir ya no es posible verlo desde un enfoque antropológico o lingüístico, sino desde la antropología lingüística. Pero eso me llevó años, una maestría y un doctorado, partiendo de que yo había sido fonólogo, dialectólogo y sociolingüística para entrarle a esto de la antropología lingüística.

Tuve muchos conflictos porque los lingüistas antropólogos decían que era lo mismo, y yo decía que no, porque o se hace etnociencia o se hace sociolingüística por separado y opté por decir que lo que yo hago implica un trabajo de relación entre lengua, cultura y sociedad. Después salió un artículo, de los líderes de la antropología lingüística, señalando esto justamente, que lo que hacía la antropología lingüística era la relación entre lengua, cultura y sociedad, porque igual en Estados Unidos había una discusión de si era lo mismo lingüística antropológica y antropología lingüística. Al final, más allá de la discusión de si es o no es, es el trabajo que se va a hacer, y en ese sentido, la escuela tiene la perspectiva de pasar de la lingüística antropológica a la antropología lingüística.

SRMS: ¿Cómo es que surge su interés por las lenguas del noroeste?, ¿cómo es que llega a Sonora?

JLMZ: Bueno, mi interés por las lenguas del norte se debe sobre todo al hecho de que no había trabajo lingüístico y antropológico para el norte de México. Yo terminé en el 80 la carrera y poco antes de eso empiezo a buscar con qué grupo voy a trabajar. Quería trabajar con un grupo indígena, o sea, eso era para mí fundamental, me habían ofrecido trabajar con nahuas; me habían ofrecido trabajar en el sureste, pero no estaba muy convencido de hacer esos trabajos. Incluso me ofrecieron trabajar en un proyecto de sociolingüística en el Valle del Mezquital con otomí. Mi compañero José Antonio Flores Farfán –somos de la misma generación–, él sí entró a este proyecto que fue básico en la sociolingüística mexicana;

Gerardo López también estuvo trabajando ahí, Paula Gómez de la Universidad de Guadalajara también estuvo en este proyecto que coordinaban Héctor Muñoz y Enrique Hamel, dos famosos sociolingüistas mexicanos -bueno, no; uno chileno alemán y el otro chileno- y a pesar de tener la posibilidad de ingresar a trabajar en el centro o sur de México, yo veía que no había trabajo lingüístico. Yo no estaba en la idea de hacer antropología en ese tiempo, sino lingüística, y de repente me entero que existen los kikapú en Coahuila, me entero porque yo estaba viendo que para el norte de México no había trabajo. De hecho, siendo estudiante todavía, Víctor Franco, un lingüista también muy amigo -que ya ha fallecido-, vino al norte por alguna razón, a Sonora y de regreso llegó diciendo que las lenguas del norte y los grupos del norte eran totalmente diferentes a lo que veíamos en el centro de México.

Entonces a mí me impactó y después empiezo a buscar a los kikapú. Mucha gente me dice “no, ya no existen los kikapú”. Por fortuna, alguien me dice “¿sabes qué? Otto Schumann fue con los kikapú”. Y voy con Otto Schumann -que ya me había dado clase y amigo mío-, le pregunto y dice “sí, yo fui con los kikapú cuando llevé a un grupo de alumnos de la ENAH, sobre todo antropólogos sociales, y logré sacar unas notas de la lengua kikapú”, y me regaló el cuaderno de notas que él había sacado.

Entonces me fui a una boda de un amigo que se casó en Nueva Rosita, Coahuila, muy cerca de donde habitan los kikapú. En la mesa donde estaba, había una muchacha de Múzquiz, que es donde se encuentran cercanos los kikapú y me dijo “Sí, nosotros vemos a los kikapú ahí en Múzquiz. Existen los kikapú”. Eso hizo que me decidiera a irme a trabajar con los kikapú y hacía hasta tres días en llegar de la Ciudad de México a El nacimiento, Coahuila. Pero eso no evitaba que al final me dedicara a trabajar con ellos. Dos veces no me dejaron entrar, llegué después de hacer este gran trayecto -en ese tiempo no había celulares ni manera de comunicarse, uno llegaba ahí a ver qué pasaba- y las dos veces me regresaron, no por no quererme dejar entrar, sino por problemas internos. Pero bueno, hice varios viajes, hice trabajo de campo y saqué mi tesis de fonología con estos datos etnográficos de los kikapú. Fue así como entré al mundo del norte de México. Para mí fue fascinante y siguen siendo fascinantes los kikapú.

Nadie más ha trabajado de manera seria como lo hice yo, digo, a un nivel muy básico. Lo más que hizo, por ejemplo, Adrián -que ahora está en el puesto que antes tenía Enrique Servín en la Secretaría de Cultura- fue también con los kikapú, se enfrentó al problema que yo había tenido de conseguir gente con quien trabajar y sacó solamente una cuestión sobre las partes del cuerpo. Lilián Guerrero, que trabaja con yaquis y con wixárikas, también me fue a buscar aquí en la penitenciaría que era el Centro-INAH en ese tiempo, porque quería trabajar con kikapú y yo le dije “te paso mi material, contactos, etc., pero es difícil trabajar en esa zona, no es tan fácil”. Finalmente consiguió una plaza en la UNAM y siguió trabajando con

yaqui y después con wixárika. Entonces, casi no hay trabajo con kikapú.

Cuando había terminado mi tesis de licenciatura me da por buscar qué es lo que hay por ahí y descubro que el tepehuano del sur tampoco tiene casi investigación. Ahora Gabriela García ya tiene mucho tiempo trabajando con los tepehuanos del sur, también Verónica del INAH-México y ya hay varias personas que trabajan con este grupo. Pero antes, cuando yo me fui a trabajar con tepehuano del sur, solamente había hecho un trabajo Tom Willett y su esposa, y lo habían hecho cuando yo llegué a Santa María Ocotán, que era una variante del tepehuano del sur. Al final me fui a otra variante, la del suroeste -ellos trabajando la del sureste-, y fui el primero en trabajar con esta variante.

En 1983 Polo Valiñas y yo fuimos a dar clase a la Universidad de Sonora. Hicimos tres viajes: uno con los mayos, uno con los seris y otro con los tohono oóddham -conocidos como pápagos- y dije “de aquí soy, este es el lugar”. Existía el centro INAH -en ese tiempo Centro Regional del Noroeste, ahora centro INAH Sonora-, yo estaba en la escuela ya de tiempo completo y dije “yo me voy al norte, me interesa mucho eso” y empecé a trabajar dialectología de yaqui y mayo. Así me quedé en el norte y me volví un especialista en lengua, cultura y sociedad en el norte de México.

Fui el primer lingüista que salió del INAH de la Ciudad de México; todos estábamos concentrados ahí. Ahora hay otros compañeros, como Daniela Leyva, que estuvo también trabajando en la ENAH-Chihuahua y consiguió una plaza en Baja California. Así hay varios investigadores en otros centros, pero yo fui el primero en salir de la CDMX hacia el norte y fue ese gran interés por las lenguas y culturas del norte de México, muy poco trabajadas y con unas características que realmente impresionan, que después de casi 42 años como investigador sigo sorprendiéndome de todo lo que existe para el norte de México y lo poco trabajado. Por fortuna ya existen las carreras como en la Universidad de Sonora, que fue una de las pioneras para el norte de México, la EAHNM en Chihuahua y en Baja California también ya hay lingüística, eso ha hecho que se abra más este campo. Pero en mi tiempo no había, me tocó formar varios cuadros de la Universidad de Sonora y ahora los que están fueron alumnos míos: Andrés Acosta, Elva Álvarez, Ana María, Sonia Ruán -que le di clase en México de fonología-, y otros que incluso ya se han jubilado. También formé a muchos cuadros ahí en la maestría, la primera generación con Gabriela García Salido, con varios otros que ahorita no recuerdo porque ya son tantos, que los formé en esta visión de ver no solamente la cuestión de la estructura del lenguaje, sino la relación entre lengua, cultura y sociedad.

Así fue como me dio por irme al norte y quedarme aquí por más de cuarenta años. Y bueno, tener ese reconocimiento por tanto tiempo que he trabajado, por los diferentes grupos que he trabajado y por la profundidad con la que he trabajado, sobre todo con yaquis y mayos. Lo que fue inicialmente con

kikapú y tepehuano del sur, ya me convertí en especialista en yaquis, mayos y en los grupos del norte de México. O sea, conozco cosas de los rarámuri, de los guarijío, de los oòdham, de los grupos yumanos, etcétera. He hecho trabajo de campo en esas comunidades, en todas las comunidades del norte de México –solamente con kumiai de los grupos yumanos-, pero he estado en campo haciendo esta labor y entonces tengo una noción. Leo muchos de los trabajos. Soy casi dictaminador permanente de libros, de artículos, de tesis, que hace que tenga esta visión muy amplia de lo que está haciéndose en lingüística y de lingüística antropológica aquí en el norte de México.

CRMJ: Menciona que ya hay un poco más de interés en las lenguas del norte de México. Ahora que ya han pasado algunos años desde entonces y sobre todo con el nuevo Decenio que acabamos de iniciar ¿cómo ve usted el panorama de las lenguas indígenas en México?

JLMZ: Trágico, sobre todo para el norte de México. Trabajo cuestiones de censos, me he movido en muchos ámbitos de la lingüística y la antropología en la cuestión de los censos: lo he hecho a nivel nacional y al nivel de las lenguas del norte de México y me he dado cuenta de los procesos de desplazamiento que han estado ocurriendo a nivel nacional y a nivel regional.

Ver esa situación, y con el cambio político que hubo en el 2018 en México, nos llevó a un grupo de sociolingüistas –yo como antropólogo lingüista y sociolingüista– a formar el Grupo de Acompañamiento a Lenguas Amenazadas, que tenemos todo el planteamiento sobre la situación de las lenguas, pero sobre todo un planteamiento de hacia dónde deberían de ir las políticas del lenguaje en México para poder revitalizar las lenguas que están en peligro de desaparecer. Estamos hablando de que no es solamente las lenguas del norte de México las que están desapareciendo, sino todas las lenguas. De seguir una política del lenguaje que tiene como base este modelo vigente hasta 2022, las lenguas indígenas o las lenguas originarias están en peligro de una inminente desaparición en poco tiempo de no haber un cambio en las políticas del lenguaje en México. Entonces este grupo ha tratado de impactar en el gobierno federal para que se dé este cambio de políticas. Por desgracia, fuera de los discursos que se han manejado acerca de que sí hay interés, no hay resultados. La política del lenguaje en México sigue siendo la misma, pero nosotros seguimos insistiendo como Grupo de Acompañamiento a Lenguas Amenazadas, especialistas en diferentes ámbitos de esto –incluyendo a hablantes nativos que también son lingüistas como Fidencio Briceño– hemos tratado de hacer algo en favor de estas lenguas. De hecho, José Antonio Flores Farfán, Fidencio Briceño y yo presentamos trabajos en la reunión de Los Pinos días antes de que estallara lo de la pandemia. Ya se hablaba de la pandemia en la Mañanera que nos invitaron precisamente porque se firmó un convenio entre la directora de la UNESCO y el presidente de México en favor de las lenguas. Pero no pasó nada después de la firma de ese convenio y se ha seguido con

los mismos patrones. Se habla de abrir universidades, se habla de abrir una universidad yaqui, la universidad de las lenguas indígenas. Pero, si México y Latinoamérica y otros lugares del mundo no toman en cuenta realmente las necesidades de los grupos, las posibilidades de hacer una revitalización o refuncionalización, como le llama Fidencio Briceño, seguirá lo mismo y seguirán desapareciendo las lenguas. Hasta este momento, no hay ningún cambio.

En el norte de México es trágico. O sea, eso lo he documentado, es una de las zonas más documentadas del país, precisamente porque le he dado seguimiento no solamente a los censos, sino al trabajo en comunidades y vemos cómo en el norte de México realmente la mayoría de las lenguas están en un proceso muy acelerado de pérdida. Hay lenguas que resisten y tienen ciertos mecanismos que las hacen tener cierta vitalidad, pero que están en tal dificultad que en un momento dado pueden pasar de este proceso gradual de desplazamiento lingüístico que viene ocurriendo desde la época colonial –sobre todo después de la segunda mitad del siglo XX– y desaparecer. Es lo que está pasando con kikapú y con seri, que antes se hablaba de que estas lenguas estaban en peligro de desaparecer simplemente porque tenían menos de mil hablantes. Siempre dije “No. Es que estas lenguas son muy vitales, a pesar de tener pocos hablantes. Históricamente han tenido pocos hablantes y así funciona”. Pero en los últimos años tanto en la zona seri como en las zonas kikapú ya hay un germen de desplazamiento lingüístico muy fuerte y como son pocos hablantes, entonces las lenguas pueden desaparecer muy pronto.

Pero otras como el mayo, que es de las lenguas mediana –de medianas a mayores por su número de hablantes– es la que presenta por mucho el problema de pérdida de lengua, porque la mayoría de sus niños y jóvenes ya no hablan la lengua. De no haber una política del lenguaje en México que revolucione todo lo que se ha hecho hasta ahorita, la lengua mayo estará en peligro de desaparecer en poco tiempo, a pesar de sus casi 40 mil hablantes. 40 mil hablantes que día a día van bajando porque son hablantes adultos, adultos mayores y la mortandad es lo cotidiano de estas generaciones y hace que estas lenguas estén en una situación tan complicada que en este Decenio ya perdimos tres meses casi, porque se sigue discutiendo y las autoridades de las diferentes instancias del estado siguen dando discursos, diciendo que les interesan las lenguas, que están haciendo eso, que están haciendo lo otro; pero realmente ni hay una política del lenguaje clara, ni hay un trabajo integrado entre las diferentes instancias en donde deberían trabajar directamente con las escuelas y con las instituciones.

En este Decenio es cuando se debería haber promovido en la EAHNM un trabajo de formación de cuadros para dar cuenta del problema en el norte de México, pero no lo hay. Simplemente no lo hay, no hay plazas para ustedes. Entonces es un problema serio. Es algo que hemos manifestado algunos, yo particularmente desde el norte de México. Hemos manifestado cómo estas políticas son de discurso, pero que van enca-

minadas a la desaparición de las lenguas, no van encaminadas a su revitalización; que no hay ningún programa hasta ahorita, que la escuela intercultural bilingüe ha jugado un papel de pasar de la lengua originaria al español y que los niños salen hablando español.

Entonces tenemos diez años, pero si no hay una política del lenguaje pues se va a seguir trabajando a nivel de las comunidades, de los hablantes, en donde nosotros lo único que podemos hacer es documentar estos procesos porque el trabajo tiene que estar hecho por las comunidades de base, o sea, las comunidades originarias y las organizaciones que las tienen; la asesoría de los académicos –que no es otra cosa que asesoría–. Nosotros no podemos dictar las políticas del lenguaje en México, las tienen que plantear desde abajo las comunidades. La asesoría de nosotros y el trabajo de las instituciones encargadas de hacer estas políticas del lenguaje y llevarlas a cabo, o sea, ya pasar a la planeación lingüística, a hacer el trabajo de revitalización bajo toda una serie de criterios que en la actualidad no existen, que se quedan totalmente en el plano del discurso y eso ha hecho que para el norte de México estemos diciendo que este Decenio va a ser de resistencia, pero de una resistencia desde abajo, no desde el estado.

Pudieran ir todos los lingüistas de la Universidad de Sonora y de la EAHNM a trabajar con los mayos, pero ni con todos esos lingüistas se puede revertir si no hay una política del lenguaje y si no se toma en cuenta a los hablantes y las problemáticas que tienen. Si todo es vertical, desde arriba, no va a funcionar. Entonces por eso en este momento del Decenio existe la oportunidad de hacer algo, pero estamos viendo que no hay un programa serio del Estado mexicano, del gobierno federal, mucho menos a niveles estatales y municipales donde casi siempre siguen el modelo federal, y entonces hace que esto resulte en pequeñas cosas que no dan resultado realmente, que lo que vemos es el proceso cotidiano de desplazamiento lingüístico y entonces a nosotros nos toca decir estas cuestiones, acompañar a las comunidades en las pocas cosas que pueden hacer para resistir porque en realidad el Decenio, si no se tiene una buena política del lenguaje en México, va a ser exactamente igual a la historia que han vivido los pueblos y lenguas originarias, que es de desplazamiento y de muerte de lenguas. ¿Cuántas lenguas no han muerto? Las lenguas yumanas están varias de ellas a punto de desaparecer y las lenguas del norte de México presentan los casos más patéticos de desplazamiento lingüístico que rayan, en muchos casos, en muerte de lengua.

AIDR: Precisamente, hablando de la revitalización de las lenguas ¿cuáles son las acciones más importantes que podríamos hacer para evitar este desplazamiento y desaparición de las lenguas?

JLMZ: Bueno, ya hay diagnósticos, faltan muchos, es claro que no tenemos la verdad absoluta sobre el diagnóstico, pero hay diagnósticos muy claros. Se tiene que seguir trabajando porque no podemos hablar de una política del lenguaje en México. Hablamos de una política del lenguaje en México a nivel

nacional, de lo que serían los lineamientos generales. Pero tendríamos que hablar de políticas del lenguaje realmente, políticas del lenguaje que vayan en función de las necesidades y de las características que cada grupo y lengua tengan. No es lo mismo en absoluto lo que pasa en la zona de Chiapas con lenguas de la familia mayense que con el maya en la península de Yucatán o con las lenguas yumanas. Cada una tiene procesos diferentes. Mientras unas tienen alta vitalidad, como estas lenguas de Chiapas y que entonces se requieren otras políticas para ellos, políticas que sean de conservación porque ellos siguen hablando su lengua. No se tiene que hablar de revitalización, sino de conservación de estas lenguas.

El maya, siendo la segunda lengua más hablada con casi un millón de hablantes está también en proceso de desaparecer ¿por qué? Porque los niños, el porcentaje al menos para 2005, solamente el 13% de los hablantes de la lengua maya eran los más jóvenes, mientras que las lenguas con mayor vitalidad oscilan entre 25 y 30%, lo que marca una diferencia muy grande en el maya. Pero en el kiliwa, por ejemplo, hay tres hablantes. O sea, el kiliwa no necesita universidades, no necesita una serie de cosas. Necesita que estos tres hablantes se junten con los niños, con los jóvenes, y les enseñen la lengua en un nido de lengua que les permita la revitalización de la lengua. Lo mismo pasa para el resto de las lenguas yumanas y tendría que haber procesos muy específicos para tratar de revitalizar estas lenguas. Lo mismo tendría que ser con el mayo, que la generalidad es que niños y jóvenes ya no hablan la lengua. Ante eso tendría que plantearse estos nidos de lengua u otro tipo de inmersión total de las personas de las generaciones más jóvenes para que realmente se revitalicen las lenguas, de lo contrario no va a funcionar. Que la escuela realmente juegue un papel de enseñanza de la lengua, esto es fundamental, la escuela no ha jugado ese papel. Es un problema estructural, no es un problema de los maestros; las evaluaciones son en español, no tienen nada que ver con las lenguas originarias.

Por otro lado, se tiene que educar a la sociedad mexicana para que sepa de este patrimonio que son las lenguas y las culturas originarias, y no tengan este racismo; ya no estamos hablando de estigmatización nada más, estamos hablando de un racismo hacia los hablantes y las culturas indígenas. Esto ha sucedido en la medida en que no hay una educación de la sociedad mexicana, que son los que plantean la desaparición de las lenguas, porque no es un problema de los hablantes, es un problema de con quién se comunican estos hablantes y con quienes se comunican son con hablantes de español que terminan por definir el modelo de que el español tiene que ser la lengua de la nación. Es un problema del siglo XIX, donde se plantea no este multilingüismo que se ha visto en lugares como Suiza por ejemplo y que no tienen mayor problema. Pero no, se insiste en que una lengua, una nación y entonces ya estamos en una situación donde vemos claramente un racismo ante la situación de esta diversidad y no esa riqueza, esa riqueza que se ve en términos de la fauna, de la flora mexicana,

del Pinacate como una zona de patrimonio. Pero las lenguas y las culturas no se ven así, a no ser que sean folclorizadas. En ese momento sí, la Danza del Venado puede ser muy llamativa, la filosofía rarámuri puede ser muy llamativa, o la wixárika, etc. pero, fuera de eso cuando ellos quieren reivindicar alguna cuestión, no lo hacen, sobre todo en la educación de su lengua y dicen que para qué tienen que hablar su lengua, que tienen que hablar el español.

Entonces se tiene que educar a las personas de nuestra sociedad y sin eso tampoco se puede hacer gran cosa. Por ejemplo, en Nueva Zelanda que se hicieron nidos de lengua cuando estaba desapareciendo la lengua maorí hubo un programa muy grande, no solamente de los nidos de lengua para que los niños hablaran permanentemente maorí, sino la sociedad neozelandesa reivindicó la cultura maorí y ahorita los neozelandeses están orgullosos de su cultura, de la lengua de los maorí y entonces eso permitió la revitalización de la lengua. No es que tengamos que utilizar el mismo modelo, obviamente cada comunidad necesita una política del lenguaje –o una planeación del lenguaje, más que una política– que le permita avanzar en el proceso de revitalización de acuerdo con sus propias características. De lo contrario, esto no se podría hacer.

Estar en una universidad yaqui sin irse hacia los diferentes niveles educativos desde preescolar hasta bachillerato, no va a servir y tampoco va a servir si la universidad no está en permanente contacto con la comunidad. Si simplemente crean abogados, ingenieros, etc. Pues estos abogados, ingenieros lo que van a decir es que al final se necesita progreso y para llegar a ese progreso tenemos que quitar nuestra lengua, nuestra cultura, porque eso impide el progreso, que es lo que está pasando en las universidades interculturales que crean estas características de formación de profesionistas, pero que no están formados para regresar a las comunidades. Están formados para salir o en su caso servir como puntas de lanza para tratar de negar la presencia de la lengua y la cultura como un aspecto fundamental de esta gran diversidad que tenemos en el país para convertirlo en una cuestión homogénea que ni siquiera en español existe, ni siquiera culturalmente. O sea, no podemos decir que México es una sola cultura y una sola lengua. La diversidad lingüística con el español y con las culturas mestizas son muy diversas y para nada tiene que ver lo que pasa en Yucatán a lo que pasa en el norte con toda una tradición vaquera, minera, agroindustrial, etc., que no tiene Yucatán o que no tiene toda la península de Yucatán, la cual tiene otras características. Entonces estos planteamientos del llamado “progreso”, que no es más que una cuestión ideológica que lo malo es que impacta en las lenguas y las culturas originarias, caen por su propio peso.

CAMJ: ¿Cuál considera que es la importancia de la EAHNM para el noroeste del país?

JLMZ: Muy buena pregunta. Creo que la EAHNM por esto surge en términos de la lingüística antropológica, porque

puede ser semillero de nuevos lingüistas que tengan una visión de lo que es el problema de las lenguas originarias en México, particularmente la región del norte de México. No necesariamente se tiene que hacer el trabajo aquí, pero aquí es muy necesario y desde que se planteó el hecho de abrir la carrera de lingüística en esta escuela, se planteó en términos de que tenía que ser diferente a las otras escuelas que no tenían –o sea, que la Universidad de Sonora, que la misma ENAH en México y que otras universidades que estaban más enfocadas en la estructura de la lengua– lo que la EAHNM tiene que es formar investigadores que puedan hacer el trabajo de lingüística aplicada, no necesariamente de lingüística aplicada como tal, pero que tengan una visión más global del fenómeno, que no sea nada más la pura estructura de la lengua lo que se analice porque lo más importante de mi carrera como lingüista ha sido mi interés porque las lenguas originarias se sigan utilizando.

Más allá de mi trabajo sobre si es fonología, sobre si es dialectología, sobre si cuestiones de los censos, está el hecho de que para que nosotros podamos hacer ese trabajo no podemos pensar que las lenguas son entidades abstractas, sino que tienen hablantes y esos hablantes luchan permanentemente y han luchado a través de su historia desde la llegada de los españoles a México.

Entonces los estudiantes y los profesores de la EAHNM tienen precisamente como meta, o deberían tener como meta, hacer una serie de investigaciones que no necesariamente tienen que estar desligadas de la lingüística básica. Como les decía, la antropología lingüística plantea el hecho de que hay que ser buen lingüista para ser buen antropólogo lingüista; yo diría lo mismo: hay que ser buen lingüista para ser un buen lingüista antropólogo o antropóloga, que en ese caso en la EAHNM se requiere formación de cuadros que tengan esta visión más amplia, esta visión que no tienen muchos lingüistas en México, que es una visión más en términos de fenómenos que tienen que ver con la estructura de la lengua y no precisamente con los hablantes y con las dinámicas de los hablantes y la riqueza que se tiene en otros ámbitos que se han dejado también de lado.

El trabajo va de esos saberes que se dan a partir del conocimiento de las lenguas que nos permiten entender estos fenómenos. Becky Moser, que trabajó casi durante 50 años para sacar que los seris tienen casi 300 términos para moluscos. O sea, y no son términos nada más, son elementos de parte de la cultura seri o comcáac y que permiten entender cuestiones de otra índole, de la cosmovisión, de la alimentación y de los instrumentos. En ese caso la EAHNM debe tener esos conocimientos sobre diversidad.

Se han hecho trabajos también entre los rarámuri sobre algunas cuestiones interesantes: sobre esta cosmovisión, sobre estas formas de entender la realidad que viven los rarámuri. Está el trabajo de Claudia Harriss –que dio clase en la EAHNM– e hizo su doctorado en la ENAH México, pero que

vio el silencio de los guarijíos como un aspecto fundamental de la normatividad y de la persistencia de los guarijíos.

Entonces el trabajo desde esta visión permite tener un modelo que aborde el problema de las lenguas –el problema en términos de las problemáticas académicas que implican–, esto para poder analizar no solamente la estructura de las lenguas, sino muchos otros aspectos que están inmersos en esas estructuras de la lengua.

Nosotros en antropología lingüística hablamos de un concepto que se llama ideología lingüística y de relacionar la estructura de la lengua con la estructura social, lo que nos permite entender estos fenómenos que son a veces aparentemente puramente lingüísticos, pero que están en relación con las características del entorno cultural y el entorno social de estas culturas. Por eso es tan importante y por eso se planteó la lingüística antropológica en la EAHNM, para regresar a una visión más holística del problema y no decir “vamos a hacer gramática de la lengua y nos olvidamos de los hablantes”. No, aquí lo que se plantea es que los alumnos y los egresados trabajen en las comunidades, que hagan trabajo de campo, que aprendan de las comunidades. Si me están entrevistando es porque he hecho muchísimo trabajo de campo, o sea, el valor de mi trabajo está haber hecho trabajo de campo mucho tiempo. Lo que he aprendido no es en los libros nada más, es en el campo.

Los libros me han servido para algo, de lo contrario, los modelos que pude haber escogido no daban cuenta de los fenómenos que estaba observando, los fenómenos me llegaron y me dieron de frente para decir: “ah, lo que yo estoy queriendo ver no es exactamente lo que está pasando, lo que está pasando es lo que estoy viendo y no desde el modelo que yo traía, sino desde la realidad que estoy viviendo”. Entonces en ese momento se convierten estos modelos lingüísticos en modelos donde la realidad impone a estos modelos lingüísticos y los alumnos tienen esta posibilidad en la EAHNM –que no tienen en otras escuelas– de poder acceder a todas estas problemáticas del lenguaje desde una visión más amplia, más que una visión meramente de la estructura de la lengua.

Yo creo que ése es el gran reto y es la gran posibilidad que tiene la escuela en términos de lingüística, porque es la única escuela que tiene claramente definido que esto es lo fundamental. No quiere decir que en las otras escuelas no se haya llevado a cabo, sino que en la medida en que aquí hay una definición específica del tipo de estudio que se va a realizar es que ustedes puedan salir y los profesores puedan formar a estos alumnos y alumnas, que tengan esa visión diferente al resto de las lingüísticas que se hacen en México, y eso me hace muy feliz porque espero que ya con las primeras alumnas que se están titulando, después vengan más con esas visiones nuevas, con estas visiones de lo que es una lingüística antropológica, que ojalá después los lleve a algunos de ustedes a hacer antropología lingüística. Pero que no es cuestión de que la una es mejor que la otra, simplemente son disciplinas en que cada una tiene su modelo de análisis

y que se puede dar de manera independiente o puede continuarse una detrás de la otra. Gracias.

SMRS: Bueno, sin duda todo lo que se ha comentado ha sido interesantísimo. A veces uno habla de las lenguas cuando en realidad lo que uno trabaja es con grupos, con seres humanos.

JLMZ: Exacto.

SMRS: Le damos las gracias nuevamente y ha sido un honor que aceptara esta entrevista.

JLMZ: No, el honor es mío. Realmente me da mucho gusto, sobre todo porque yo estaba muy relacionado con la ENAH-Chihuahua, ahora EAHNM. He dado seminarios y talleres, he sido jurado de una de las tesis, fui director de la escuela, propuse la formación de este tipo de lingüística. Creo que debe haber un cambio en el programa de lingüística y yo hice una propuesta mejorada del programa de lingüística antropológica. Además, sostengo que la lingüística no es el patito feo de la EAHNM; al contrario, debería ser considerada una de las áreas más importantes. El INAH tendría que dar plazas para los lingüistas y dar más apoyo para la escuela porque, precisamente en este Decenio de las lenguas indígenas, la formación de cuadros en lingüística de la EAHNM debe de ser básico para que las lenguas originarias tengan unos aliados que sean investigadores y tengan esas claridades de lo que es asesorar –y conocer primero– a estas comunidades para que realmente sigan hablando sus lenguas.

Entonces es una escuela que puede ser un modelo importante dentro la lingüística en México porque tenemos que pasar de la lingüística básica a la lingüística aplicada. Nuestra labor tendría que estar enfocada hacia las comunidades, porque ellas son las depositarias de estos conocimientos y entonces nuestro trabajo es poder analizar estos fenómenos para después incidir a partir de nuestra asesoría en el trabajo que se tiene que hacer para esta revitalización de las lenguas y hacer ver a la sociedad en general –y a nivel mundial– por qué las lenguas son un patrimonio mundial, esta gran riqueza que apenas conocemos y que falta mucho por conocer. Gracias.

SMRS: Bueno, una vez más muchísimas gracias por todo esto que nos ha compartido hoy y en nombre del *Expedicionario* también le agradezco.

CAMJ: Muchas gracias por todo su tiempo y por acceder a respondernos estas preguntas que le estuvimos haciendo a lo largo de esta hora y media.

AIDR: Igual, muchas gracias por el tiempo. Hubo bastante información muy interesante.

JLMZ: Pues otra vez gracias a ustedes, espero que algo salga de esto y seguimos en contacto.

SMRS: Claro que sí. Nos vemos.

CAMJ: Muchísimas gracias.

SMRS: Muchas gracias.

JLMZ: Hasta luego, que estén muy bien.

AIDR: Hasta luego.